



**ASPERGER PARA ASPERGER ®**



**El club de los que creen en sí  
mismos**



En el patio del colegio, debajo  
del viejo roble, siempre se  
sentaba Leo. Le encantaba  
dibujar, pero escondía sus  
cuadernos de los demás.  
Pensaba que a nadie le  
interesarían sus dibujos de  
dragones y naves espaciales.



Un día, Sofía, la capitana del equipo de fútbol, se acercó cojeando. Se había torcido el tobillo y no podría jugar la final. Se sentó junto a Leo, suspirando. "Ojalá fuera buena en algo más que correr", dijo con tristeza.



Leo, tímidamente, le mostró un dibujo. Era un dragón majestuoso con escamas que brillaban como esmeraldas. Sofía abrió los ojos como platos. "¡Es increíble! ¡Tienes un talento increíble!", exclamó. "Tú eres increíble en el campo", respondió Leo, sonrojándose.



Justo en ese momento, llegó Mateo, conocido por sus historias fantásticas, pero que siempre se ponía rojo como un tomate si tenía que hablar en clase. "Escuché lo que dijeron", dijo en voz baja. "¿Y si creamos un club? Un lugar donde solo decimos cosas buenas de los demás".



La idea les encantó. Al día siguiente, se reunieron de nuevo bajo el roble. Invitaron a Valentina, la chica más lista de la clase en ciencias, que siempre tropezaba con sus propios pies. Nació "El club de los que creen en sí mismos".



La primera regla era simple: cada uno debía decir algo que admiraba de otro miembro. Sofía empezó. "Mateo, tus historias son tan emocionantes que me hacen olvidar que no puedo jugar. Eres un mago con las palabras". Mateo sonrió, una sonrisa genuina y grande.



Luego fue el turno de Mateo.  
"Valentina, la forma en que  
explicas cómo funcionan las  
estrellas es asombrosa. Haces  
que la ciencia parezca magia.  
Eres una genio". Valentina,  
que solía encorvarse, se  
enderezó un poco, con un  
brillo de orgullo en los ojos.



Valentina miró a Leo. "Leo, tus dibujos no son solo dibujos. Son ventanas a otros mundos. Tienes el poder de crear universos enteros con un lápiz. Eres un artista de verdad". Por primera vez, Leo no escondió su cuaderno. Lo sostuvo para que todos lo vieran.



El club se reunió todos los días. Descubrieron que al ver lo bueno en los demás, empezaban a verlo en sí mismos. El roble ya no era un lugar para esconderse, sino un espacio para compartir, crecer y creer. Juntos, eran mucho más fuertes que por separado.